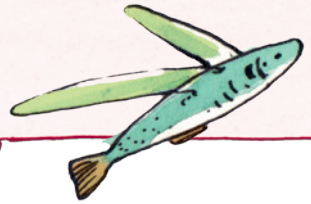
La larga historia de la princesa MELISANDA

Versión libre del cuento de

EDITH NESBIT

Ilustraciones: Diego Moscato

Este libro pertenece a:



Este material ha sido elaborado por la Dirección de Educación Primaria, Dirección General de Educación Estatal, Subsecretaría de Coordinación Pedagógica y Equidad Educativa, Ministerio de Educación, CABA.
Selección y adaptación del texto: María Elena Cuter y Mirta Torres
Diseño gráfico y diagramación: Leicia Gotlibowski
Ilustración: Diego Moscato

Nesbit, Edith
La larga historia de la princesa Melisanda / Edith Nesbit; adaptado por María Elena Cuter; Mirta Torres; editado por Leicia Gotlibowski; ilustrado por Diego Moscato. -1a edición para el alumno- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2020.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-549-826-6

1. Literatura Clásica Infantil. 2. Narrativa Infantil y Juvenil Inglesa. I. Cuter, María Elena, adap. II. Torres, Mirta, adap. III. Gotlibowski, Leicia, ed. IV. Moscato, Diego, ilus. V. Título.

CDD 823.9282

© Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Ministerio de Educación
Carlos H. Perette y Calle 10 - CABA

Hecho el depósito que marca la Ley nº 11.723
Distribución gratuita. Prohibida su venta.

Jefe de Gobierno
Horacio Rodríguez Larreta

Ministra de Educación
María Soledad Acuña

Jefe de Gabinete
Manuel Vidal

Subsecretaria de Coordinación Pedagógica y Equidad Educativa
María Lucía Feced Abal

Subsecretario de Tecnología Educativa y Sustentabilidad
Santiago Andrés

Subsecretario de Carrera Docente
Oscar Mauricio Ghillione

Subsecretario de Gestión Económico Financiera y Administración de Recursos
Sebastián Tomaghelli

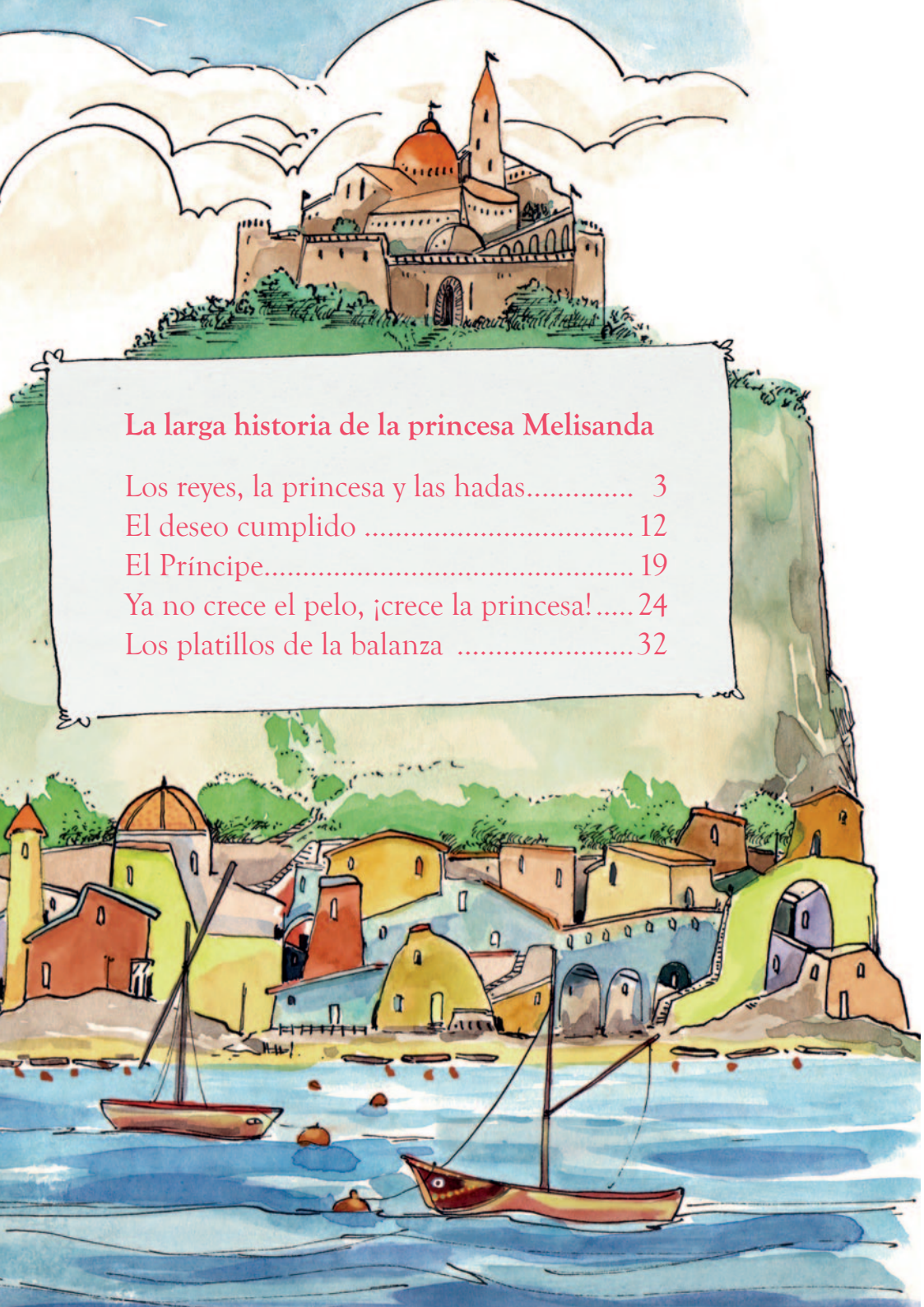
Subsecretaria de la Agencia de Aprendizaje a lo Largo de La Vida
Eugenia Cortona

Directora Ejecutiva de la Unidad de Evaluación Integral de la Calidad y Equidad Educativa
Carolina Ruggero

Director General de Planeamiento Educativo
Javier Simón

Director General de Educación de Gestión Estatal
Fabián Capponi

Directora de Educación Primaria
Nancy Sorfo



La larga historia de la princesa Melisanda

Los reyes, la princesa y las hadas..... 3
El deseo cumplido 12
El Príncipe..... 19
Ya no crece el pelo, ¡crece la princesa!..... 24
Los platillos de la balanza 32

La larga historia de la princesa Melisanda

Los reyes, la princesa y las hadas

Cuando la princesa Melisanda nació, su madre, la Reina, deseó organizar una fiesta para su bautismo, pero el Rey, su padre, no estuvo de acuerdo.

—He visto que se presentan muchos problemas en los bautismos —dijo—. ¿Cuánto cuidado habrá que tener para elegir a los invitados? Cualquier hada puede llegar de pronto sin que nos demos cuenta. ¿Cómo sabremos cuáles son sus propósitos? ¡En mi propia familia ha ocurrido una cosa terrible!

La Reina asintió con la cabeza, un poco triste.

—¿Acaso lo has olvidado? —preguntó el Rey—. Acuérdate del hada Malévola que no fue invitada al bautismo de mi abuela, llegó sorpresivamente a la fiesta y la hechizó haciendo que de jovencita durmiera durante cien años.

—Tal vez tengas razón —respondió la Reina—. También mi prima olvidó invitar a una de las viejas hadas al bautismo de su hija y la malvada se presentó a último momento... ¡Ay, no quiero ni pensarlo! La pobre niña aún echa sapos por la boca.

—No hagamos tonterías —concluyó el Rey—. Yo seré su padrino y tú, su madrina. No necesitamos a ningún hada y no tendrán motivos para ofenderse.

—A menos que se ofendan todas —susurró la Reina.

Y así ocurrió.

Cuando el Rey y la Reina volvían con la pequeña Melisanda en sus brazos del templo donde se había celebrado el bautismo, el mayordomo los recibió en la entrada del palacio:

—Su Majestad —le dijo al Rey con tono preocupado—, un grupo de damas ha preguntado por vosotros. Les dije que no os encontrabais en el palacio, pero decidieron esperaros...

—¿Las habéis conducido al salón? —preguntó el Rey muy intranquilo.

—No, Majestad —respondió el hombre casi temblando—. Debí llevarlas a la sala del trono porque son muchas.

Había cerca de setecientas hadas. La sala del trono estaba atestada de hadas, de todas las edades, algunas muy bellas, otras feas o muy feas, hadas buenas y malas, hadas como arañas y hadas como mariposas. Cuando la Reina abrió la puerta, encontró en el salón justamente lo que ella temía.

Todas las hadas gritaron a la vez:

—¡POR QUÉ NO NOS HABÉIS INVITADO A LA FIESTA DE BAUTISMO?

—No hemos hecho una fiesta —señaló la Reina. Y volviendo la cabeza hacia el Rey agregó en voz muy baja: —Te dije que iba a pasar esto.

Las hadas a coro respondieron:

—¡PERO HABÉIS CELEBRADO UN BAUTISMO!

—Lo siento mucho —dijo la pobre Reina.

—¡Guarda tu lengua! —le gritó Malévola con mucha rudeza. Malévola era la más vieja y la más poderosa de todas las hadas. Y agregó: —Tú sabes bien lo que ocurre cuando se deja a un hada fuera de la fiesta de bautismo. Hemos venido todas juntas a entregar nuestros regalos.

La vieja hada hizo un segundo de silencio.

—Como soy la mayor de las hadas, comenzaré yo misma —afirmó luego y pronunció su hechizo:

—¡LA PRINCESA SERÁ CALVA!

La Reina estuvo a punto de desmayarse. Malévola retrocedió unos pasos y se acercó otra de las hadas con un brillante bonete adornado con inquietas serpientes. Pero el Rey la detuvo.

—Prestad atención —dijo a las hadas—. No vaya a ser que os arrepintáis después. Según cuentan las historias —continuó el Rey con tono solemne—, solamente un hada mala puede no ser invitada a una fiesta de bautismo. Eso demuestra que esto no es una fiesta; si lo fuera, todas vosotras, que sois hadas buenas, hubierais sido invitadas. ¡Todas menos una, que por ser mala se apagará en el tiempo como la llama de una vela! —concluyó el Rey mirando a Malévola—. ¿Alguna de vosotras castigará a mi inocente niña con un maléfico hechizo? ¿Alguien correrá el riesgo de apagarse luego como la luz de la vela?

Nadie respondió, pero algunas hadas se acercaron a la Reina para decirle adiós y retirarse silenciosamente. Fueron un ejemplo. Las demás saludaron una a una agradeciendo la hermosa tarde que habían pasado en el palacio.

El hada del bonete brillante dijo:

—¡Volved a invitarnos pronto! Deseamos ver cómo crece la niña.

Se dirigió luego hacia la puerta del palacio mientras las serpientes de su bonete se agitaban como nunca.

Cuando la última de las hadas se retiró, la Reina corrió hacia la cuna de Melisanda. Con gran delicadeza retiró el gorrito que protegía su pequeña cabeza y estalló en lágrimas. El dorado y suave cabello de la niña salió junto con el gorrito y la princesa Melisanda quedó calva como un huevo.

—No llores, mi amor —dijo el Rey—. Tengo guardado un deseo que me entregó mi hada madrina el día de nuestra boda y no he tenido ocasión de usarlo.

La Reina sonrió a través de sus lágrimas.

—Guardaré el deseo hasta que la niña crezca —continuó el Rey—. Se lo daré entonces y si así lo quiere la Princesa podrá desear que le crezca el pelo.

—¿Por qué no pides ahora que le crezca el pelo? —preguntó sorprendida la Reina a su marido.

—No, querida. Ella puede desear otra cosa cuando sea grande —dijo el Rey, y agregó con esperanza—: Tal vez crezca su cabello mientras tanto.

Pero nunca ocurrió. La princesa Melisanda creció bella como el sol y buena como el aire tibio de la primavera pero nunca asomó el pelo sobre su pequeña cabeza. La Reina le cosía gorritos de seda verde y la carita rosada de la Princesa parecía una flor saliendo de su capullo. Ella siguió haciéndose cada día más grande y más hermosa.

El deseo cumplido

Un día, cuando ya la niña se había transformado en una joven princesa, la Reina dijo al Rey:

—Querido, nuestra hija es lo suficientemente grande como para saber qué es lo que quiere. Permítele cumplir su deseo.

Entonces el Rey escribió una carta a su hada madrina y se la envió entre las alas de una mariposa. Le preguntaba en ella si podía entregar a su hija el deseo que había recibido como regalo de su casamiento. «Nunca he tenido necesidad de usar este deseo», le explicaba el Rey a su hada madrina, «pero siempre me hizo feliz saber que tenía algo tan valioso en mi propia casa. Mi hija ya tiene edad suficiente como para apreciar el valor de este regalo.»

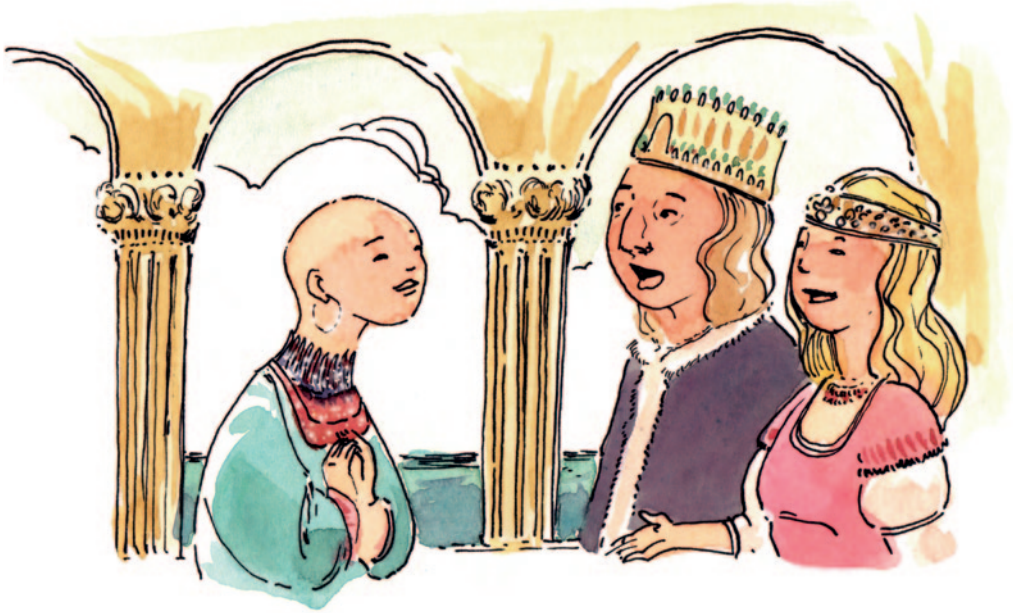
A lo cual, el hada contestó también a través de la mariposa:

Querido Rey:

Haz lo que quieras con mi pequeño regalo. Me había olvidado de él pero me siento muy feliz al pensar que aquel humilde deseo que te concedí ha sido un tesoro que guardaste todos estos años.

Con mucho afecto, tu madrina

Hada Fortuna



Al leer la respuesta de su madrina, el Rey abrió su cofre de oro con las siete llaves de diamantes que llevaba colgadas en su cinturón, tomó el deseo y se lo dio a su hija.

Melisanda dijo:

—Padre, solo deseo aquellas cosas que os hagan felices.

Pero el Rey y la Reina consideraron que nada les hacía falta: eran buenos, sanos y dichosos.

La madre se acercó a la joven y le rogó:

—Por favor, hija mía, pide lo que yo te diga.

—Claro que sí —respondió la Princesa. La Reina susurró en el oído de su hija y ella repitió en voz alta: —Deseo tener un pelo dorado de un kilómetro de largo y que crezca una cuadra por día y el doble cuando me lo corte, y...

—¡Detente! —exclamó el Rey.

En ese momento el deseo se cumplió y la Princesa se puso de pie delante de ellos sonriendo entre una lluvia de pelo dorado.

—¡Oh, qué maravilloso! —dijo la Reina—. ¿Por qué interrumpiste a Melisanda?

—Ya verás que he hecho muy bien al interrumpirla —respondió el Rey algo preocupado. El Rey tenía una mente matemática y podía calcular cuántos granos de trigo había en un granero.

—¿Por qué? ¿Cuál es el problema? —preguntó la Reina.

El Rey suspiró, besó a su hija y le dijo:

—Ve a pedirle a tu niñera que te enseñe a peinar tus cabellos.

—Sé cómo hacerlo, padre —respondió la joven—. Muchas veces he peinado los cabellos de mi madre.

—Creo que tendrás que ensayar mucho hasta encontrar la manera más fácil de peinar tu propio pelo —agregó su padre.

Y así fue. El pelo de la Princesa creció un kilómetro y siguió extendiéndose una cuadra cada noche tal como la joven había pedido al expresar su deseo.

Cuando el pelo alcanzó algunos kilómetros de largo, la Princesa ya no pudo soportarlo, pues pesaba demasiado y le producía mucho calor. Imagínense, al cabo de doce días la longitud de su cabello era de un kilómetro más doce cuadras; a los veinticuatro días medía tres kilómetros y cuatro cuadras; a los treinta y seis días ya alcanzaba cuatro kilómetros y seis cuadras...

En ese momento, la Princesa se despertaba cada mañana con más y más metros de pelo hasta que ya no pudo dormir en su lecho.

—Desearía ser otra vez calva —suspiraba la Princesa y miraba con nostalgia los gorritos que usaba tiempo atrás y lamentaba dormir cada noche sobre almohadones de rubio cabello.

En los primeros tiempos, la Reina enviaba como regalo a sus amigos mechones de pelo de su hija dentro de argollas y broches dorados. Tiempo después ya debió enviarlos envueltos en fajas de tela de raso. Pero llegó un momento en que fue necesario hacer fogatas con los rubios cabellos. Cuando llegó el otoño, las hojas cayeron y se formaron altas parvas doradas en las que se mezclaban las hojas amarillas y los restos del pelo de la Princesa.

Un día, Melisanda dijo:

—Es una lástima desperdiciar todo mi cabello. ¿No será posible fabricar con él algo útil que los pobladores de nuestro reino puedan vender para ganar algún dinero y alimentarse?

El Rey convocó entonces a un grupo de mercaderes y pronto el pelo de la Princesa se transformó en el principal producto exportado por el reino. Se fabricaban y vendían almohadas y almohadones, colchas y colchones y comenzaron a tejerse con ellos diversas prendas de vestir como sombreros, guantes y bufandas. Las madres de bebés compraban para sus hijos ropitas fabricadas con el pelo de Melisanda porque al tocarlas se sentían sedosas y suaves.

Sin embargo el Rey comprendía que algo debía hacerse para evitar el crecimiento desmedido del pelo de su hija. «Debo consultarle a mi hada madrina», pensó. Volvió entonces a escribirle una carta que envió esta vez en el pico de una alondra. El ave regresó con la respuesta del hada:

Querido Rey:
¿Por qué no buscas un príncipe inteligente que solucione el problema?
Con el cariño de siempre,
Tu Hada Madrina

El Príncipe

Inmediatamente, el Rey envió a sus heraldos a anunciar en todo el mundo que el príncipe que lograra detener el crecimiento del pelo, se casaría con la princesa Melisanda y heredaría el reino.

De cerca y de lejos llegaron trenes con príncipes ansiosos de probar suerte. Traían toda clase de jarabes desagradables y pomadas malolientes en botellas y cajas. La Princesa aceptó todos los remedios pero ninguno le dio resultado (tampoco le gustó ninguno de los príncipes).

Por ese entonces, la joven ya debía dormir en la sala del trono porque ninguna otra habitación del palacio era lo suficientemente grande para contener su cabello. Cada noche Melisanda se sentaba sobre una pila de su pelo recién cortado junto a la ventana y lloraba tristemente mientras acariciaba entre sus manos los viejos gorritos que le cosía la Reina. Al amanecer su pelo ya era tan extenso como casi veinte páginas de esta historia.

En un atardecer de verano desde su ventana la Princesa vio por primera vez al príncipe Floricel. El joven había llegado esa misma tarde, pero no quería ingresar al palacio sucio por el polvo del camino.

Con las primeras sombras de la noche bajo la luz de la luna, él volvió a aproximarse a la ventana. Floricel miró hacia arriba y la Princesa miró hacia abajo. En ese momento, Melisanda deseó ardientemente que este fuera el Príncipe que tuviera el poder para hacer que su pelo dejara de crecer.

—¿Eres Melisanda? —preguntó el muchacho.

—¿Y tú eres Floricel? —preguntó a su vez la Princesa.

—Hay muchas rosas junto a tu ventana —dijo Floricel—. Pero ninguna crece aquí abajo.

La Princesa le arrojó una de las tres rosas blancas que tenía entre sus manos.

—Los árboles de rosas blancas son muy fuertes. ¿Me permites escalar este árbol hasta tu ventana? —preguntó el Príncipe.

—Por supuesto —respondió Melisanda. Y él trepó hasta llegar a su lado.

—Princesa Melisanda —preguntó el príncipe—. Si logro hacer lo que pide tu padre, ¿te casarás conmigo?

—Sí —dijo la Princesa y le dio la segunda rosa.

—Yo te amo, ¿me darás también tu corazón? —preguntó el Príncipe.

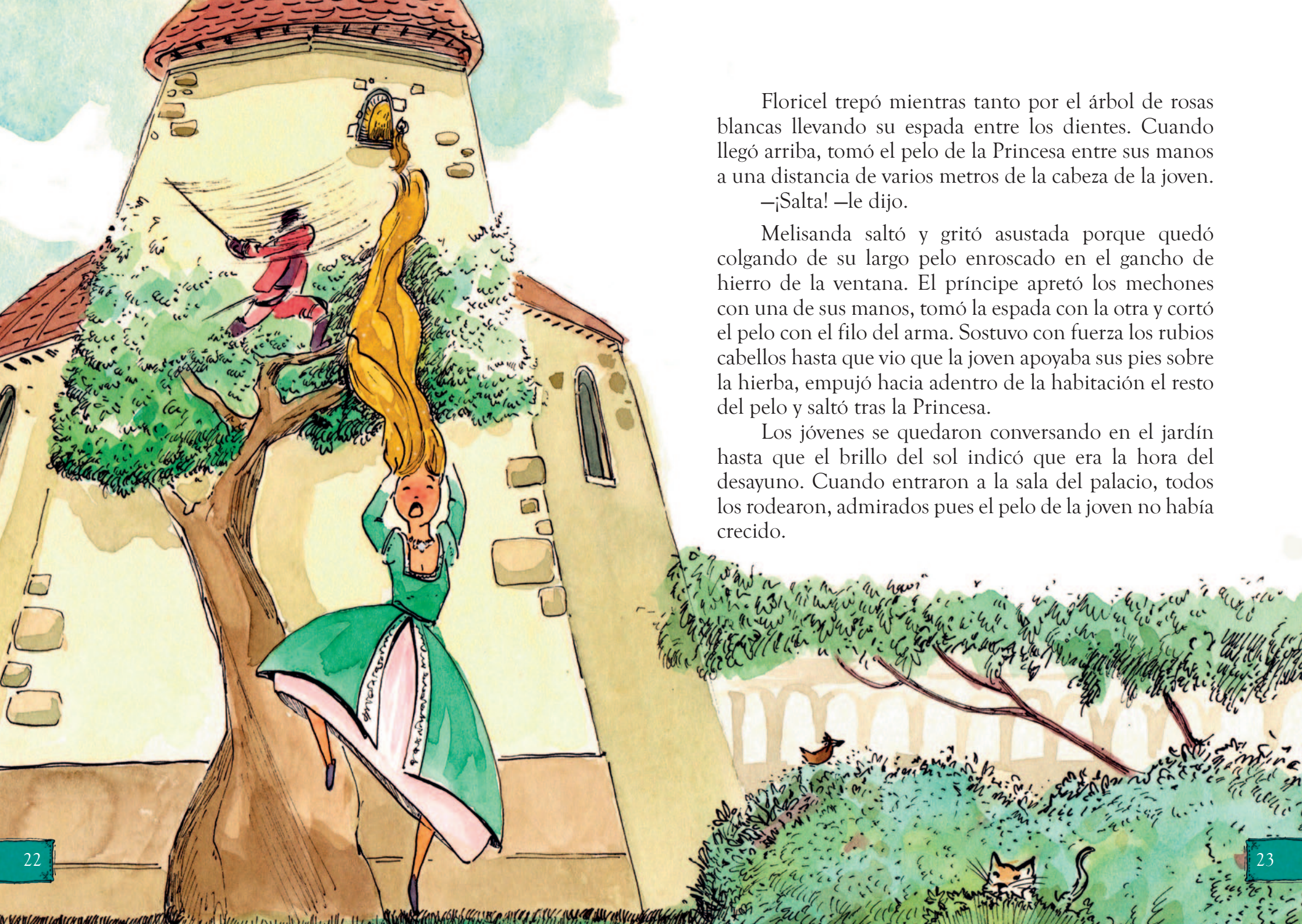
—Sí —respondió la Princesa, y le entregó la tercera rosa.

—Entonces, no te acuestes esta noche en tu cama; permanece despierta y yo estaré debajo en el jardín. Cuando te crezca el pelo, llámame y haz lo que yo te diga —concluyó Floricel.

El Príncipe descendió y se tendió sobre la hierba hasta que, cuando ya estaba por salir el sol, escuchó su voz.

—Floricel, Floricel, mi pelo ha crecido tanto que está haciendo que todo mi cuerpo se incline hacia la ventana.

—Asómate con cuidado —indicó el joven—, y enrosca tres veces tu pelo en el gancho de hierro que está junto al alféizar.



Floricel trepó mientras tanto por el árbol de rosas blancas llevando su espada entre los dientes. Cuando llegó arriba, tomó el pelo de la Princesa entre sus manos a una distancia de varios metros de la cabeza de la joven.

—¡Salta! —le dijo.

Melisanda saltó y gritó asustada porque quedó colgando de su largo pelo enroscado en el gancho de hierro de la ventana. El príncipe apretó los mechones con una de sus manos, tomó la espada con la otra y cortó el pelo con el filo del arma. Sostuvo con fuerza los rubios cabellos hasta que vio que la joven apoyaba sus pies sobre la hierba, empujó hacia adentro de la habitación el resto del pelo y saltó tras la Princesa.

Los jóvenes se quedaron conversando en el jardín hasta que el brillo del sol indicó que era la hora del desayuno. Cuando entraron a la sala del palacio, todos los rodearon, admirados pues el pelo de la joven no había crecido.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó el Rey.

—Ha sido muy sencillo —respondió Floricel—. Vosotros cortabais el pelo de la Princesa; yo separé a la Princesa de su pelo.

—¡Buena idea! —exclamó el Rey que tenía una mente muy matemática.

Ya no crece el pelo, ¡crece la princesa!

Terminaron el desayuno y se levantaron de sus sillas. La Princesa se paró como los demás, pero al ponerse de pie comenzó a elevarse, elevarse, elevarse..., y no paraba de hacerlo.

El Rey la miró, medía ya más de tres metros. «Creo que es demasiado», pensó el Rey.

—Observa —le dijo a Floricel—. Cuando cortábamos el pelo de la Princesa, el pelo seguía creciendo. Al separar a la Princesa del pelo, mi hija no deja de crecer. ¿Has pensado cómo solucionar esto?

A la hora de la cena, Melisanda debió comer al aire libre, en el jardín, porque su gran altura ya no le permitía permanecer bajo los altos techos del palacio.

Lloró tanto que se formó una pileta en el jardín del palacio y en ella casi se ahogan varias páginas de la historia.

La Princesa se acordó entonces de Alicia en el país de las maravillas y dejó de llorar, pero no de crecer.

Nadie sabía qué hacer ni dónde podría dormir Melisanda. Afortunadamente, sus ropas crecían con ella.

No podéis imaginar cuánto crecía la Princesa. Su madre, de pie en la torre del palacio, acariciaba una de sus manos mientras la joven permanecía sentada sobre la hierba del jardín.

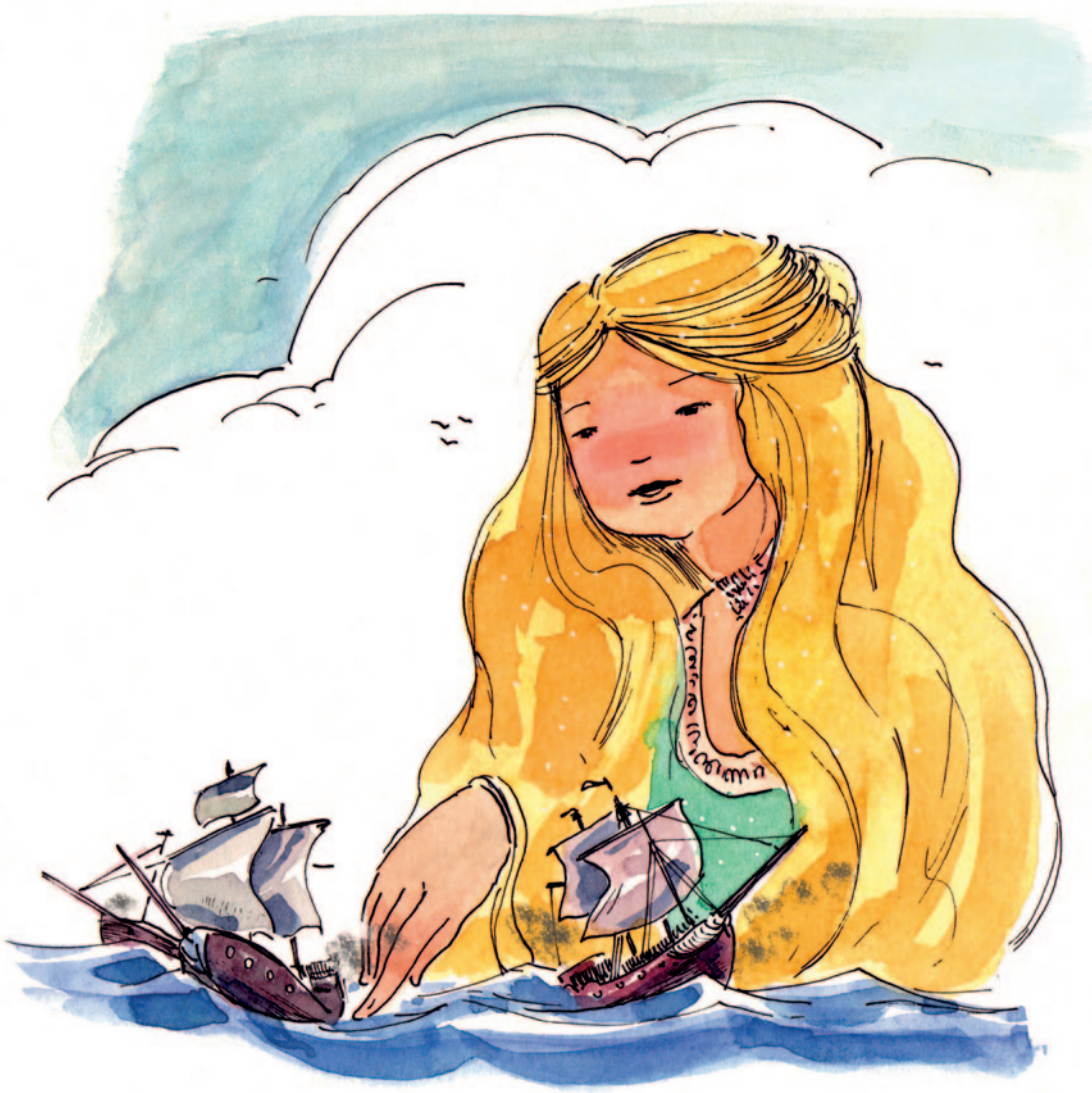
El Rey, por su parte, no quería ni mirar a su hija. Una tarde se sentó y escribió a su hada madrina. Esta vez envió a una comadreja a entregar la carta. Pero el animalito regresó con el sobre cerrado sobre el que habían colocado un sello:

DESTINATARIO AUSENTE.
NO DEJÓ NUEVA DIRECCIÓN.

En esos días en que el reino estaba sumergido en la tristeza, el rey de un país vecino decidió invadir la isla en la que vivía Melisanda. Entonces, envió varios barcos con numerosos soldados que desembarcaron en las costas de la isla. La Princesa, desde su inmensa altura, descubrió a aquel ejército extranjero avanzando contra su país.

«Verdaderamente, aprovechando mi gran tamaño creo poder hacer algo», pensó.

Juntó ambas manos y alzó con ellas en dos o tres movimientos grandes cantidades de soldados enemigos a los que volvió a arrojar dentro de sus barcos. Empujó luego las naves con dos de sus dedos y sopló con tanta fuerza que los barcos salieron a gran velocidad y no



pudieron detenerse al llegar a su propio país y debieron navegar sin rumbo durante mucho tiempo hasta lograr hacerlo.

Todo el pueblo de la isla agradeció a la princesa Melisanda que los hubiera salvado en esos momentos de gran necesidad y la proclamó salvadora y heroína de la patria.

Pero, ¿de qué puede servirte ser heroína y salvadora si mides muchos metros de altura y no tienes con quién hablar y lo único que deseas es recuperar tu tamaño y casarte con tu dulce amado? Cuando empezó a oscurecer la Princesa miró su isla desde muy arriba y lloró, lloró mucho, muchísimo. Pero no importa cuánto llores dentro del mar porque rara vez se nota.

Cuando la noche se hizo más oscura, la Princesa miró a las estrellas. «Me preguntó cuánto tiempo faltará para que mi cabeza alcance a tocarlas», pensó.

En ese momento, escuchó un susurro, una pequeña voz lejana.

—Corta todo tu pelo —dijo la vocecita.

No olvidemos que la ropa de la Princesa crecía tanto como ella; y del mismo modo crecían todas las cosas que guardaba en su bolsillo. En ese momento, la Princesa sacó unas enormes tijeras del bolsillo, tan grandes como la península malaya. Volvió a escuchar la suave, muy débil voz y la reconoció porque era la amada voz del príncipe Floricel.

Entonces cortó todo su pelo dorado que iba cayendo al mar. Los insectos de coral se apoderaron de él y tejieron un inmenso arrecife... Pero esto no importa para el cuento.

—Acércate a la isla —le dijo la lejana voz de Floricel.

La Princesa era tan alta que solo podía observar la isla desde lejos, Sin embargo le pareció de pronto que las estrellas quedaban cada vez más lejos de sus ojos. Se extrañó también de volver a escuchar la voz de Floricel pero esta vez más cerca de su oído.

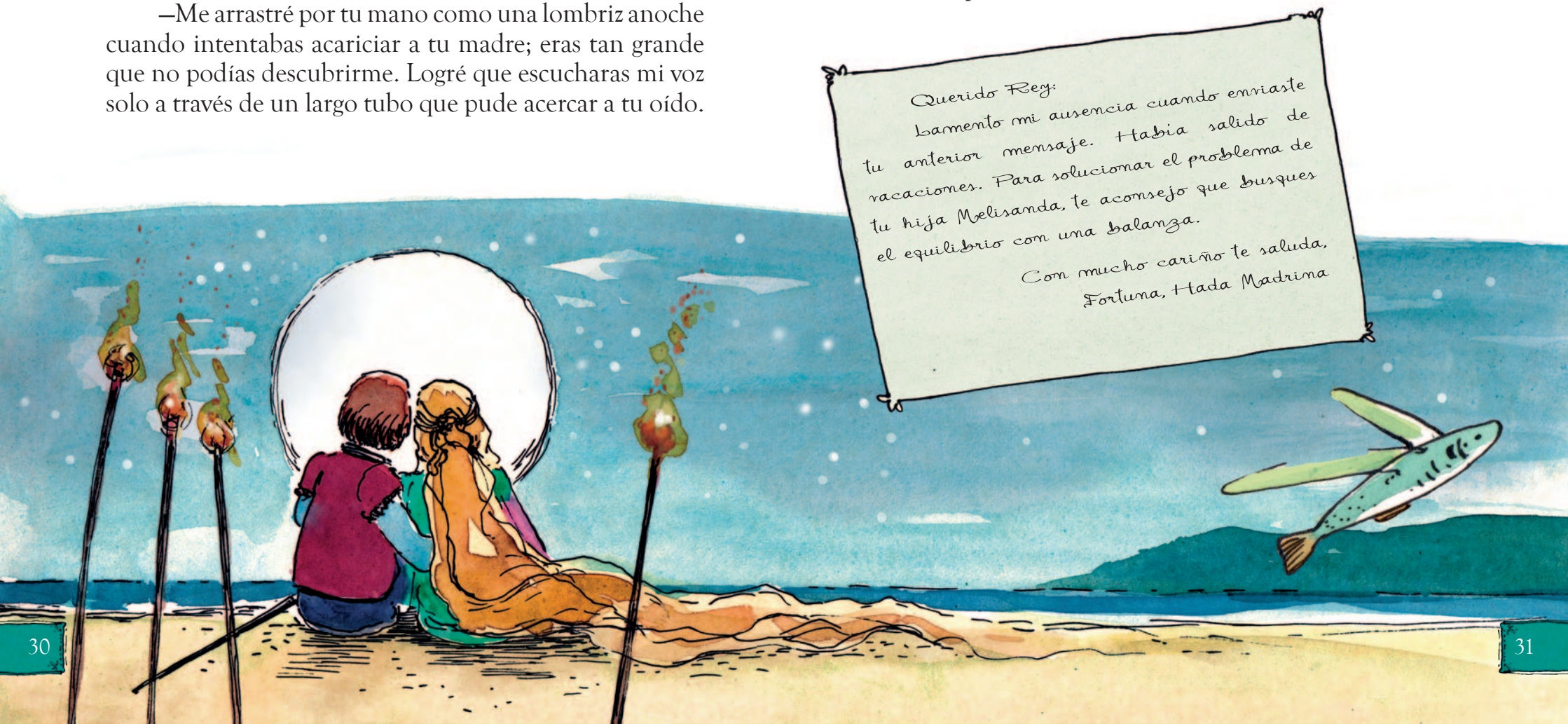
—Prepárate para nadar.

Inmediatamente, la joven se vio nadando junto al Príncipe. Cuando sus pies tocaron la arena de la playa, le explicó a la Princesa:

—Me arrastré por tu mano como una lombriz anoche cuando intentabas acariciar a tu madre; eras tan grande que no podías descubrirme. Logré que escucharas mi voz solo a través de un largo tubo que pude acercar a tu oído.

La Princesa simplemente lo abrazó. Ambos jóvenes se dirigieron al palacio a compartir con el Rey y la Reina la buena noticia: Melisanda había recuperado su propio tamaño.

Todos se alegraron pero muy pronto el Rey se preguntó por qué a su hija volvía a crecerle el pelo. Decidió entonces volver a escribirle a su hada madrina. Envió la nota por medio de un pez volador que volvió con la respuesta.



Los platillos de la balanza

Después de leer las palabras de Fortuna, la corte entera reflexionó durante varias semanas. Un día, el príncipe Floricel mandó construir los dos platillos de oro de una balanza y los hizo colgar de las ramas de un gran roble en el jardín del palacio.

—Mi amada Melisanda —dijo a la Princesa—. Se está pasando el tiempo, es momento de poder casarnos. ¿Tendrás confianza en mí como para sentarte en uno de los platillos de esta balanza?

Se dirigieron juntos al jardín y el muchacho ayudó a la joven a ubicarse en uno de los platillos. Melisanda trataba de acomodar su vestido verde y de ubicar en el platillo los largos rizos de su pelo.

—¿Qué colocarás en el otro platillo? —preguntó a Floricel.

—Tu pelo —respondió—. Piénsalo. Cuando tu pelo se corta, sigue creciendo. Cuando tú te separas de tu pelo, tú sigues creciendo de una manera desmedida que nunca olvidaré. Pero si en el preciso instante en que tu pelo no es más pesado que tú ni tú más que tu pelo, si cuando están en equilibrio, corto los mechones con mi espada, tal vez tú y tu pelo decidan dejar de crecer.

—Suponiendo que lo hagan —suspiró sin esperanzas la pobre Princesa.

—¡Debe haber límites aun para el poder de Malévola! —exclamó el Príncipe—. No olvidemos las palabras de Fortuna: «Busquen el equilibrio con una balanza». Tú y tu pelo necesitan encontrar el punto justo de equilibrio... Por favor, ¡acepta hacer la prueba!

—Haré lo que deseas —respondió Melisanda—. Pero antes, besaré a mi padre, a mi madre, a ti y a mi vieja niñera. Tampoco yo puedo olvidar que cuando crezco sin medida ya no puedo alcanzar a ninguno de mis seres queridos.

Después de hacerlo, la Princesa volvió a subir al platillo de oro de la balanza. El Rey, la Reina y la niñera fueron acomodando su largo cabello en el otro platillo.

A medida que acomodaban el pelo en uno de los platillos, el otro —en el que se encontraba la Princesa— comenzaba a elevarse levemente y cada vez más cuanto más pelo se depositaba sobre el otro platillo.

El Príncipe, entretanto, esperaba entre los dos platillos con su espada en alto con gran atención. Temía que si se demoraba solo un momento en cortar el cabello, el pelo de la Princesa crecería y los platillos volverían a desequilibrarse.

En el preciso instante en que los dos platillos de la balanza alcanzaron el perfecto equilibrio, el Príncipe hizo caer su espada con la velocidad de un rayo sobre los mechones dorados del pelo de Melisanda.

El platillo con los dorados cabellos cayó sobre la hierba. La Princesa se puso de pie. Su cuerpo mantenía sus propias medidas y su pelo había dejado de crecer locamente. Miró a sus seres queridos y todos lloraron y rieron al mismo tiempo.

Pocos días después, Melisanda y Floricel se casaron. Todos recuerdan la belleza de la novia y su hermoso pelo que llegaba precisamente hasta diez centímetros por encima de sus lindos tobillos. Es que la balanza se había equilibrado cuando el pelo que permanecía en el platillo donde se ubicó la Princesa alcanzó una extensión apenas diez centímetros más breve que la altura de la joven. En ese punto preciso el Príncipe descargó el filo de su espada.

Edith Nesbit nació en Londres, el 15 de agosto de 1858. Falleció en esa misma ciudad el 4 de mayo de 1924. Escritora y poetisa inglesa que ocupa un lugar de privilegio en la historia de la literatura infantil.

Desafió todos los prejuicios de su época pero ocultó su condición de mujer para publicar. Escribió historias de terror y románticas para adultos, poesía, obras de teatro y reseñas de libros. Sus libros infantiles, llenos de humor y con estilo innovador, fueron fuente de inspiración para otros escritores infantiles como J. K. Rowling —autora de *Harry Potter*— o C. S. Lewis —el escritor de *Las Crónicas de Narnia*—, por ejemplo. Su libro más exitoso es *Historias de dragones*.

ISBN 978-987-549-826-6

Vamos Buenos Aires